

dad. Poco importa la forma con que se la presenten para que la adoren, con tal que esta forma esté admitida desde antiguo, y que los que son superiores á ellos les den ejemplo adorándola. Unase á la fuerza natural de este sentimiento el poder extraordinario que tienen las reacciones, y el entusiasmo con que la multitud vuelve á ocuparse de las cosas antiguas que ha abandonado momentáneamente, y se concebirá el afán con que los habitantes de las villas y de las campiñas corrian en Francia al encuentro del santo padre. Así es que cuando Pio VII vió de rodillas á la nacion que le habian pintado en rebelion permanente contra las autoridades divinas y humanas, á la nacion que habia derribado tronos, y tenido á un pontífice en clase de cautivo, se quedó enagenado de gozo y sorpresa, conociendo que su anciano consejero Caprara decia la verdad cuando le afirmaba, que de aquel viage resultaria un gran bien á la religion, causándole á él una satisfaccion infinita. Tambien en Leon recibió una carta del emperador, quien le daba de nuevo las gracias, haciendo nuevos votos por su feliz llegada, y el soberano pontífice, débil y de una sensibilidad enfermiza, no sintiendo cansancio al verse recibido de aquel modo, ofreció acelerar el viage por dos dias, oferta que fué admitida con gusto. En consecuencia dejó á Leon en medio de los homenajes que le hicieron al entrar, y atravesó á Moulins y Nevers, encontrando en todas partes cubiertos los caminos de gente, que iba á impetrar conmovida la bendicion del gefe de la iglesia.

En Fontainebleau debia detenerse Pio VII, pues Napoleón dispuso así las cosas, á fin de tener

ocasion de salir al encuentro del santo padre, y proporcionarle dos ó tres dias de descanso en aquella hermosa morada de recreo. Para ello mandó disponer una cacería para el 25 de noviembre, cerca del camino por donde debia pasar el papa, y cuando supo que éste habia llegado con su comitiva á la cruz de San Herem, dirigió hácia allí su caballo, á fin de encontrarse con el papa. Apenas le vió, echó pié á tierra y corrió á abrazarle, y conmovido con aquella demostracion Pio VII, se puso á mirar con ansiedad al nuevo Carlo-Magno, en quien continuamente estaba pensando hacia seis años, porque para él era el instrumento que Dios habia escogido sobre la tierra. Mediaba el dia cuando los dos soberanos subieron al carruage para trasladarse al palacio de Fontainebleau, y Napoleon dió la derecha al gefe de la iglesia. Cuando llegaron á palacio, encontraron en el umbral de la puerta á la emperatriz, los grandes del imperio y los gefes del ejército, colocados todos en círculo y en ademan de recibir á Pio VII y rendirle homenaje, presentando aquello un espectáculo magnífico que nunca habia visto el santo padre, á pesar de lo acostumbrado que se hallaba á las pompas romanas. Conducido en medio de todos al aposento que le estaba destinado, descansó algunas horas, y luego, siguiendo las reglas de la etiqueta puesta en uso entre los soberanos, fué á visitar al emperador y á la emperatriz, quienes le pagaron la visita inmediatamente. Mas tranquilizado y contento de dia en dia por el lenguaje seductor del huésped, que no se habia propuesto intimidarle sino agradecerle, concibió hácia él un afecto que al fin de sus dias y

despues de numerosas y terribles vicisitudes, sentia aun por aquel héroe desgraciado. Fuéronle presentados despues los grandes del estado, á quienes recibió con aquella cordialidad y gracia de los ancianos, que tiene su peculiar encanto. El rostro apacible y digno, y las miradas penetrantes de Pio VII, conmovian todos los corazones, y él mismo se enternecía tambien al notar el efecto que causaba. Todavía no le habian hablado de las dificultades que quedaban por arreglar, pues respetaban su sensibilidad y su cansancio, y por lo mismo se entregaba por completo á las emociones y á la alegría de un recibimiento, que le parecia el triunfo de la religion.

Llegó el momento de marchar á Paris y de entrar por fin en aquella temible ciudad, en que hacia un siglo fermentaba el espíritu humano, y en que hacian años se arreglaban los destinos del mundo. El 28 de noviembre, despues de tres dias de descanso subieron el emperador y el papa á un mismo coche para trasladarse á Paris, ocupando siempre el último la derecha. El papa se alojó en el pabellon de Flora dispuesto para recibirle, descansó el dia 29 y el 30, se le presentaron el Senado, el Consejo legislativo, el Tribunado y el Consejo de estado. Los presidentes de estos cuatro cuerpos le dirigieron discursos celebrando sus virtudes, su sabiduría y su noble condescendencia para con la Francia, en términos brillantes y lisongeros. Entre estas arengas, tan fugitivas como la sensación que las inspira, merece distinguirse la de Mr. de Fontanes, grave y durable como las verdades que encierra.

SANTÍSIMO PADRE :

«Cuando el vencedor de Marengo concibió en los campos de batalla el pensamiento de restablecer la unidad religiosa y el de devolver á los franceses su antiguo culto, preservó de una ruina completa los principios de la civilización. Esta idea grande, hija de la victoria, produjo el concordato, y el Cuerpo legislativo, cuyo órgano tengo el honor de ser cerca de vuestra santidad, convirtió el concordato en ley nacional.

«¡Dia memorable, tan caro á la sabiduría del hombre público como á la fe del cristianismo! La Francia entonces, abjurando graves errores, dió utilísimas lecciones al género humano, pues reconoció que todos los pensamientos irreligiosos son pensamientos impolíticos y que todo atentado contra el cristianismo es un atentado contra la sociedad.

«El restablecimiento del antiguo culto preparó muy pronto el de un gobierno mas natural para los grandes estados y mas conforme á las costumbres de la Francia. Todo sistema social, desquiciado por las opiniones inconstantes del hombre, se apoyó de nuevo en una doctrina inmutable como Dios mismo. La religion reglamentaba en otro tiempo á las sociedades salvages, pero era ya mas difícil reparar sus ruinas que fundar su cuna.

«Debemos esta ventaja á un noble prodigio, porque la Francia ha visto nacer uno de esos hombres extraordinarios enviados de tarde en tarde al auxilio de los imperios próximos á su-

cumbir, al paso que Roma ha visto brillar al mismo tiempo todas las virtudes apostólicas de la primera edad. Su autoridad suave tranquiliza todos los corazones, y ha merecido el amor y el respeto del mundo un pontífice tan sabio como piadoso, que conoce todo lo que debe dejarse al curso de los acontecimientos humanos y lo que el interés de la religion exige.

«Esta religion augusta viene á consagrar con él el nuevo destino del imperio francés y se ostenta tan grande como en el siglo de Pipino y de Clodoveo.

«Todo ha cambiado á su alrededor, ella es la única cosa que permanece la misma.

«Ella vé morir las dinastías de los reyes y las razas de sus súbditos, pero sobre las ruínas de los tronos que desaparecen y sobre las gradas de los que se elevan, admira siempre la manifestacion sucesiva de los eternos designios y los obedece con entera confianza.

«Nunca ha presenciado el universo espectáculo mas imponente; nunca han recibido los pueblos instrucciones mas provechosas.

«Ya no nos alcanza la época en que el imperio y el sacerdocio eran rivales. Ahora los dos se dan la mano para reprobear doctrinas funestas, que han amenazado á la Europa con una subversion general. Permita el cielo que sucumban para siempre por la dulce influencia de la religion y de la política reunidas. Este voto se realizará porque nunca ha tenido la política de la Francia tan seguras garantías, ni el trono pontifical ha ofrecido al mundo católico un modelo mas respectable de abnegacion cristiana.»

El papa se mostrò vivamente conmovido al escuchar tan noble language, el language mas persuasivo y bello desde el siglo de Luis XIV. El pueblo agolpado bajo las ventanas pedia ver á Pio VII, porque la fama de su carácter y de su noble semblante se habia esparcido por la capital. Se asomó en efecto muchas veces al balcon de las Tullerías, acompañado siempre de Napoleon, fué saludado por entusiastas aclamaciones, y vió de rodillas esperando su bendicion pontifical al pueblo de Paris, al pueblo del 10 de agosto, al pueblo que habia adorado á la diosa de la Razon. Inconstancia singular de los hombres y de las naciones, que prueba la necesidad de defender las grandes verdades, sobre las cuales reposa la sociedad humana, porque no hay ni dignidad ni reposo en los caprichos de un día, que se acogen y se abandonan con degradante precipitacion.

Las sombrías aprensiones que habian hecho tan amarga la resolucion del papa, se habian dissipado. Pio VII se hallaba al lado de un principe que le colmaba de atenciones y cuidados, que reunia la gracia al talento, y en medio de una gran nacion conducida á las antiguas tradiciones del cristianismo por el egeplo de un gefe cubierto de gloria, y se alegraba ya de que su presencia alentase aquel impulso. Aun tenia algunas penas que sufrir, ya respecto al ceremonial, ya respecto á los obispos constitucionales que despues de la reconciliacion con la iglesia, dogmatizaban sobre el sentido de la reconciliacion. Eran cuatro; MM. arzobispo de Besanzon; Lacombe, obispo de Angulema; Saurine, obispo de Strasburgo, y Remond, obispo de Dijon. Mr. Portalis los habia lla-

mado cerca de él, y por orden del emperador, les habia ordenado, si querian ser presentados al papa, que escribiesen una carta de reconciliacion de acuerdo con el obispo Bernier y con los cardenales que componian el cortejo pontifical. En el último instante quisieron cambiar una palabra á la carta, el papa se apercibió de ello y dejó al emperador el cuidado de terminar estas tristes disputas. Por lo demás trató paternalmente á todos los individuos del clero francés. Quedaban en seguida las cuestiones del ceremonial: el papa habia admitido ya las principales modificaciones fundadas en las costumbres, pero la cuestion de la coronacion le afectaba de un modo particular, pues queria conservar el derecho de sus predecesores de colocar la corona sobre la cabeza del emperador. Napoleon mandó que no se insistiese diciendo que se encargaba de arreglarlo todo en el momento oportuno.

Elegó la vispera de aquella gran solemnidad, es decir, el 1.º de diciembre. Josefina, que habia agradado al santo padre por una especie de devocion parecida á la de las mugeres italianas, presentóse á él para hacerle una confesion de que esperaba sacar gran partido. Le declaró que solo estaba casada civilmente con Napoleon, porque estaban prohibidas las ceremonias religiosas en la época de su matrimonio. Napoleon habia hecho cesar aquel estado de cosas rogando al cardenal Caprara que diese la bendicion nupcial á su hermana, la princesa Murat, y sin embargo no lo hizo cesar por sí mismo. Escandalizado el papa de una situacion que á los ojos de la iglesia era un concubinato, quiso hablar al momento al

emperador, y le declaró que podia muy bien consagrarle, porque nunca habia tratado la iglesia de escudriñar las conciencias de los emperadores pero que al coronar á Josefina no podia consagrarla. Irritado Napoleon contra Josefina por su indiscreccion interesada, temeroso de violentar al papa, que era invencible en asuntos relativos á la fé, y no queriendo por otra parte cambiar nada en una ceremonia, cuyo programa era ya público, consintió en recibir la bendicion nupcial. Josefina, á quien su esposo echó una buena reprimenda, y que estaba contenta por lo que habia obtenido, recibió aquella misma noche el sacramento del matrimonio en la capilla de las Tullerías. El cardenal Fesch casó al emperador y á la emperatriz con todo secreto, siendo testigos Mr. de Talleyrand y el mariscal Berthier, quienes guardaron oficialmente este secreto hasta el divorcio. Al dia siguiente se divisaban todavia en los ojos de Josefina señales de lágrimas que le habian costado aquellas agitaciones interiores.

El domingo 2 de diciembre, dia frio y sereno, aquel pueblo de París, al cual hemos visto cuarenta años despues correr delante de los restos mortales de Napoleon, se precipitaba por ver pasar la comitiva imperial: El papa marchó primero á las diez de la mañana y mucho antes que el emperador, á fin de que los dos acompañamientos no se incomodasen reciprocamente. Iba seguido de un clero numeroso, vestido de los mas suntuosos ornamentos y escoltado por destacamentos de la guardia imperial. Se habia levantado al rededor de la plaza de Nuestra Señora un magnifico pórtico para que en él bajasen de sus

carruages los soberanos y los príncipes que se dirigian á la antigua basílica. El arzobispado adornado con un lujo digno de los huéspedes que debía contener, estaba dispuesto de modo que el papa y el emperador pudiesen descansar algunos instantes. Despues de detenerse allí un momento entró el papa en la iglesia, en la que hacia ya algunas horas se hallaban reunidos los diputados de las ciudades, los representantes de la magistratura y del ejército, los sesenta obispos con su clero, el Senado, el Cuerpo legislativo y el Tribunado, el Consejo de estado, los príncipes de Nassau, de Hesse, de Baden, el archicanciller del imperio germánico y los ministros de todas las potencias. La puerta principal de Nuestra Señora estaba cerrada, porque contra ella se habia dispuesto el trono imperial y se entraba á ella por las laterales, situadas en los dos extremos de la nave transversal. Cuando el papa, precedido de la cruz y de las insignias del sucesor de San Pedro, apareció en la antigua basílica de San Luis, todos se levantaron, y quinientos músicos entonaron las palabras sagradas: «TU ES PETRUS.» El efecto fué grandioso y profundo. El papa fué con lentitud á arrodillarse desde luego ante el altar y tomó asiento en seguida en un trono que se le habia preparado á la derecha del mismo. Los sesenta prelados de la iglesia francesa se presentaron poco despues á saludarle uno por uno, y á todos acogió con su acostumbrada bondad, fuesen ó no constitucionales. No tardó en anunciarse la llegada de la familia imperial.

La iglesia de Nuestra Señora estaba adornada

con sin igual magnificencia. Colgadas de terciopelo sembradas de abejas de oro, descendian desde la bóveda hasta el piso, pero al pié del altar habia unos sillones sencillos que debian ocupar el emperador y la emperatriz antes de la coronacion. En el fondo de la iglesia, al extremo opuesto al altar, se elevaba para Napoleon y para su esposa sobre veinte y cuatro gradas, un inmenso trono, entre dos columnas que sostenian un fronton, que era un monumento en otro monumento. Tal era la costumbre en los dos ritos, romano y francés, y el monarca solo se sentaba en aquel trono despues de coronado por el pontifice.

Esperaban al emperador y le esperaron largo espacio, única circunstancia desagradable en tan gran solemnidad, porque el papa sufrió bastante con aquel retardo ocasionado por el temor de esponer á los dos acompañamientos á un encuentro. El emperador salió de las Tullerías en un carruage cubierto de cristales, con genios de oro que sostenian una corona, carruage popular en Francia, y siempre seguido por el pueblo de París en otras ceremonias posteriores. Vestia un traje, cuyo modelo habia dibujado el mejor pintor de la época, y bastante parecido á los que se usaban en el siglo XVI; y llevaba una toca con plumas y una capilla, no debiendo ponerse las insignias imperiales sino en el arzobispado y al tiempo de entrar en la iglesia. Escortado por sus mariscales y precedido de grandes dignatarios, se encaminó lentamente por la calle Saint-Honoré, muelle del Senna y plaza de Nuestra Señora, en medio de las aclamaciones de un pueblo entusiasmado porque veia convertido á su general favorito en empera-

dor, como sino fuese él el motor de todo con sus pasiones inconstantes, con su heroísmo guerrero. Apenas hubo llegado al pórtico ya descrito, echó Napoleón pié á tierra, entró en el arzobispado, cogió la corona, el cetro y el manto imperial, y se dirigió á la basílica, llevando otros á su lado la gran corona, en forma de tiara, modelada por la de Carlo-Magno. En aquel momento ceñía la corona de los Césares, es decir, un laurel de oro sencillo, y todos admiraban aquella cabeza semejante á una medalla antigua. Arrodillóse ante el altar y en seguida fué á sentarse en el sillón que debía ocupar antes de posesionarse del trono. Entonces comenzó la ceremonia. El papa ungió al emperador en la frente, en los brazos y en las manos, bendijo luego la espada y se la ciñó, hizo lo mismo con el cetro y se acercó á coger la corona, que estaba sobre el altar, pero observando Napoleón su movimiento y terminando las dificultades sobre el terreno, como habia anunciado, tomó la corona de manos del pontífice, sin arrebató, pero con decisión y la colocó en sus sienes. Aquel acto comprendido por todos, produjo un efecto inesplicable. Cogiendo en seguida Napoleón la corona de la emperatriz y acercándose á Josefina que estaba de hinojos, la puso con visible ternura sobre la cabeza de aquella compañera de su fortuna, que en aquel momento se deshacía en lágrimas. Hecho esto se dirigió al trono y subió á él seguido de sus hermanos que sostenían los extremos del manto imperial. Entonces el papa, según costumbre, se acercó al trono para bendecir al nuevo monarca y cantar las palabras que habian resonado en los oídos de Carlo-Magno en la basílica de

San Pedro, cuando el clero romano le proclamó emperador de Occidente: *VIVAT IN AETERNUM SEMPER AUGUSTUS*. Mil gritos repetidos de *viva el emperador* resonaron tambien en las bóvedas de Nuestra Señora, y el estampido del cañon anunció á París el momento solemne en que Napoleón quedaba consagrado con arreglo á todas las formas establecidas por los hombres.

El archi-canciller Cambaceres, le presentó acto continuo el testo del juramento, así como un obispo el evangelio, y puesta la mano sobre él, pronunció aquellas palabras que contenían los grandes principios de la revolucion francesa. Cantóse despues una misa pontifical y ya estaba muy avanzado el dia cuando los acompañamientos llegaron á las Tullerías.

Así se verificó aquella augusta ceremonia por medio de la cual se consumaba en Francia el restablecimiento de los principios monárquicos. No era este el menor triunfo de la revolucion, pues se veía consagrado por el papa un soldado salido de su seno. Este es el gran título que tienen semejantes pompas para llamar la atención del historiador. Si la moderacion de los deseos habia procurado á la Francia una libertad suficiente y limitado la prosecucion de las empresas heroicas, aquella ceremonia debió consagrar para siempre, es decir, por muchos siglos, á aquella dinastia. Pero estábamos destinados á pasar por otras vias á un estado político mas libre, y á una grandeza por desgracia escatimada.

Quince años hacia que la revolucion habia comenzado Monarquía tres años, república doce, se convertia ya en monarquía militar fundada so-

bre la igualdad civil, sobre la voluntad nacional legalmente espresada y sobre la libre admision de todos los ciudadanos á las grandezas sociales restablecidas. De este modo habia caminado durante quince años la sociedad francesa, sucesivamente desecha y unida con la prontitud ordinaria de las pasiones populares.

LIBRO VEINTE Y UNO.



Tercera coalicion.

Mansion del papa en Paris.—Esmero de Napoleon para prolongar su estancia.—No habiendo podido operar las escuadras en diciembre, emplea Napoleon el invierno en organizar la Italia.—Transformacion de la república italiana en un reino feudatario del imperio francés.—Ofrécese este reino á José Bonaparte, quien lo rehusa.—Napoleon se decide á colocar la corona de hierro en su cabeza, declarando que las coronas de Francia é Italia se separarán cuando se haga la paz.—Sesion solemne del Senado.—Segunda coronacion de Milan fijada para mayo de 1805.—Creec Napoleon que pasando los Alpes, oculta mejor sus proyectos marítimos.—Aumentanse sus recursos naturales por la repentina declaracion de guerra de Inglaterra á España.—Fuerzas navales de Holanda, Francia y España.—Proyecto de una grande expedicion á la India.—Se vacila un momento entre esta expedicion y el de otra directa contra Inglaterra.—Preferencia definitiva que esta obtiene.—Prepárase todo para ejecutar el desembarco en los meses de julio y agosto.—Las escuadras de Tolon, de Cádiz, del Ferrol, de Rochefort y de Brest, deben reunirse en la Martinica, para recalar en julio á la Mancha, en fuerza de sesenta navios.—Dispónese el papa á volver á Roma.—Su franqueza con Napoleon antes de salir de Paris.—Contestaciones sobre los diversos puntos propuestos por el papa.—Disgusto de éste, aunque aminorado por el éxito de su viage á Francia.—Marcha del papa á Roma, y del emperador á Milan.—Disposiciones de las cortes de Europa.—Su tendencia á una nueva coalicion.—Estado del gabinete ruso.—Los amigos de Alejandro forman un gran plan de mediacion europea.—Ideas de este plan, verdadero origen de los tratados de 1815.—Se encarga de la aprobacion en Londres, Mr. Nowosiltzoff.—Recibimiento que le hace Mr. Pitt.—El ministro inglés convierte el plan de mediacion en otro de